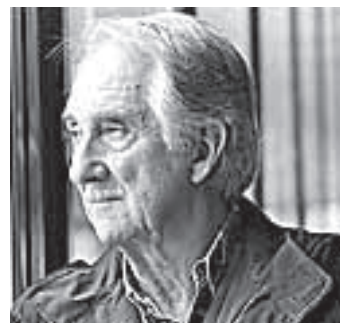


Entrevista a Octavio Alberola sobre Cuba*

Entrevista con el veterano militante Octavio Alberola sobre la perspectiva ácrata en Cuba.

Quien conoce del movimiento anarquista contemporáneo sabe que decir Octavio Alberola es mentar a un militante libertario español veterano de la lucha antifranquista, que a pesar de sus años continúa tan activo e ineludible como ayer.



Octavio Alberola.

Entre otras actividades, en la actualidad es animador de los «Grupos de Apoyo a los Libertarios y Sindicalistas Independientes en Cuba», GALSIC, una red de apoyo y denuncia la cual junto al Movimiento Libertario Cubano en el exilio denuncia desde la perspectiva ácrata los excesos de la dictadura omnímoda de Fidel Castro.

El Libertario tuvo el placer de realizar la siguiente entrevista sobre su actividad y parecer con respecto a la isla caribeña.

—¿Cuáles son las críticas que el anarquismo le hace a la llamada «Revolución cubana»?

—Fundamentalmente las de no ser una revolución social y de servir de coartada semántica para encubrir su verdadera esencia y realidad de dictadura populista. Hay, por supuesto, el problema de la privación de los derechos fundamentales de la persona humana (libertad de opinión, de expresión y de reunión) a los cubanos por un poder dictatorial totalitario. Para los anarquistas, esas libertades son inalienables.

Pero nuestra crítica al castrismo —porque la llamada «revolución cubana» no es otra cosa que un sistema de poder totalitario al servicio de Fidel Castro— va más allá de la simple reivindicación de esas libertades. Los anarquistas hemos luchado siempre y seguiremos luchando por la emancipación humana, para acabar con la explotación y la dominación. Y no sólo de una clase por otra, sino del hombre por el hombre. El ideal comunista preconizaba una sociedad sin explotados ni explotadores, sin dominados ni dominadores.

En consecuencia, la revolución debía servir a destruir las estructuras que permiten al Capital y al Estado explotar y dominar. Un cambio político que no destruye estas estructuras, que sólo las pone al servicio de un nuevo grupo social, de un partido o de un Jefe, no le cambia al trabajador su condición de explotado, y al ciudadano su condición de dominado. Un tal cambio no es pues una revolución social, salvo que se entienda por tal el simple cambio de gobernantes a través de un golpe de Estado o de una insurrección armada.

Y eso es lo que sucedió en Cuba: Batista fue reemplazado en el poder por Castro. Sólo que, para consolidar su hegemonía y perpetuarse en el poder, Castro se sirvió de una coartada

* Publicada en *El Libertario*, Venezuela.

ideológica, la «revolución» marxista, identificando ésta a su persona y viceversa. No fue el primero en darse esta coartada, antes que él lo habían hecho Stalin, Mao y muchos de los jefes de las luchas de descolonización en Asia y África para apoderarse del poder y perpetuarse en él. De ahí que, como en todos esos casos, en Cuba también ese tipo de revolución sólo significó la imposición de una dictadura totalitaria y del capitalismo de Estado. Es decir: los trabajadores a obedecer y trabajar. El poder y los privilegios a los burócratas, a la nueva nomenclatura. Por eso en ninguna de esas «experiencias» se puso fin al salariado, a los servicios represivos, al ejército, etc. Al contrario, se impuso un sistema de control policíaco y de partido único, sindicato único, prensa única, etc., para mantener al pueblo sumiso e impedir que pensara por sí mismo. Criticamos y denunciarnos la llamada «revolución cubana» porque al presentarla demagógicamente como tal, como todas las otras del mismo signo, no sólo se contribuye a pervertir la idea de revolución, sino que se contribuye a que millones de explotados, en Cuba y en el mundo, renuncien a la lucha por la emancipación. Todas esas pretendidas revoluciones sólo han servido para destruir la aspiración emancipadora en el seno de la clase trabajadora y consolidar el capitalismo: en tanto que sistema y como generalización del individualismo. Al extremo de que el dólar se ha convertido en el referente cotidiano, no sólo en EE UU, sino también en Rusia, China... y Cuba.

Es verdad que en Cuba —como en los otros países de comunismo oficial— se puso fin a la propiedad privada, a casi toda, y que todo quedó —por lo menos oficialmente— propiedad del Estado. Pero eso no puso fin a las desigualdades, puesto que los que se quedaron con el Estado pudieron controlar en su beneficio la distribución del usufructo de la propiedad nacional, de las riquezas que esa propiedad generaba y genera. Fue la culminación del proceso de concentración y monopolio capitalista por una sola empresa: el Estado —y en Cuba por el castrismo y Fidel. Es como si en los EE UU la empresa Coca Cola se hubiese hecho con el monopolio de todas las empresas, de toda la economía, y el Estado estuviese dirigido por los cuadros de la empresa Coca Cola y su director se perennizara en el poder, como Fidel. Los ciudadanos estadounidenses habrían quedado totalmente dependientes de la voluntad de esa empresa, de su dirección empresarial; como los

cubanos de la empresa castrista y su gerente el Comandante en Jefe. Esa dependencia económica implica una dependencia política y social total, no quedando a la disidencia otra alternativa que la clandestinidad o la cárcel. El capitalismo de Estado convierte al trabajador en un explotado que debe aceptar resignadamente la explotación para no ser considerado traidor a la Revolución... Ese sistema es el paradigma del Capitalismo, es el Capitalismo total.

—¿Es legítimo pensar que el pueblo cubano se halla en medio de dos bandos, su propio gobierno de un lado y «el imperialismo estadounidense» del otro? Según la estrategia del «enemigo menor» ¿no habría que apoyar en ese escenario a Fidel Castro?

—Eso es lo que tanto el gobierno estadounidense como el gobierno castrista pretenden. La realidad es que el pueblo cubano no es el centro de las preocupaciones de ninguno de los dos gobiernos. Lo que les preocupa a ambos son sólo sus intereses. Es decir: sus privilegios y conseguir su perennidad.

Las últimas medidas «anticastristas» decididas por el gobierno de Bush lo han probado. En principio, Bush dice que las ha tomado para debilitar a Castro y facilitar «la transición a la democracia para el pueblo cubano». Aunque todos sabemos que es pensando en ganar votos entre los exiliados cubanos de Miami a favor de su reelección... Castro, con el pretexto de defender Cuba y el pueblo cubano de la agresión imperialista, ha reaccionado subiendo precios y reduciendo el alcance de la cartilla de racionamiento... Cuando todos sabemos que son los cubanos más pobres los primeros y los más perjudicados por la medida castrista.

Al pueblo cubano se le ha hecho, durante más de cuarenta años, el mismo chantaje de parte de unos y otros, y, durante todo este tiempo, el único que ha padecido las consecuencias es el pueblo cubano. La tragedia de los balseros muestra la falta de humanidad de los dos gobiernos: el gobierno castrista por ser el responsable de ese éxodo, y el gobierno estadounidense por haber devuelto muchos balseros a las autoridades cubanas. En realidad, al gobierno estadounidense le va muy bien que Castro reprima a los que quieren escapar de la isla y que tenga al pueblo cubano sometido. Eso es lo que los yanquis exigen

de otros gobernantes en América Latina. Para nosotros no se trata pues de un «mal menor», de un «enemigo menor». En los dos casos se trata de gobiernos que quieren pueblos sometidos y que, en la medida que pueden, los explotan y oprimen. Bush también quisiera poder imponer un partido único, un sindicato único, una prensa única... Pero, en todo caso, son los cubanos los que deben, los que deberían poder decidir si el «enemigo menor» es el uno o el otro. Y deberían poder decidirlo en plena libertad.

HAY HOMBRES QUE LUCHAN TODA LA VIDA...

—Cómo valoras el papel del movimiento anarquista en Cuba en la lucha contra Batista, frente a la llamada «revolución cubana» y el arribo de Fidel Castro al poder? Incluso hemos leído que tu mismo tuviste algún grado de participación en los sucesos de aquel tiempo, ¿es cierto esto?

—Efectivamente, yo estaba en México cuando Castro comenzó a preparar la lucha guerrillera y la expedición del Granma, y hasta la caída de la dictadura de Batista colaboré con los exiliados cubanos que luchaban contra ella. Particularmente con los del Movimiento 26 de julio y los del Directorio Revolucionario Estudiantil. También participé en la constitución del Frente antidictatorial latinoamericano, en el que estaban representadas diferentes organizaciones latinoamericanas juveniles exiladas en México. En razón de estas actividades mantuve relación con algunos libertarios cubanos que tuvieron que abandonar Cuba por sus actividades clandestinas contra la dictadura de Batista.

Estaba pues al corriente de la posición del movimiento anarquista en Cuba. Lo que pasaba era que había mucha desconfianza sobre la verdadera ambición de Fidel, al que sus seguidores querían convertir ya entonces en un caudillo. Yo tuve que intervenir personalmente para evitar enfrentamientos violentos entre partidarios del 26 de julio y otros grupos de opositores a Batista que no aceptaban que les impusieran el liderazgo castrista. Siempre traté de convencer a unos y otros de que la lucha contra la dictadura debía ser prioritaria, que las ambiciones personales o de partido debían quedar en un segundo plano.

Por eso, aunque finalmente Fidel haya acabado imponiendo su hegemonía y su dictadura se haya prolongado durante

tantos años, sigo creyendo que nuestro deber entonces era el de luchar, como lo hicimos, contra la dictadura de Batista. El hecho de no haber sido capaces de impedir la deriva autoritaria-totalitaria de ese movimiento antidictatorial no pone en causa la prioridad de entonces. La efervescencia revolucionaria-libertaria, que el derrumbe de la dictadura produjo, la justificaron y me parece que la siguen justificando plenamente. De lo que se trata ahora es que esa esperanzadora experiencia de los primeros momentos de la «Revolución cubana», que en algunos casos fue auténticamente revolucionaria y que fue la que le atrajo tantas simpatías, no quede borrada de la historia por la realidad dictatorial posterior. De ahí la importancia de recuperar y salvaguardar su memoria.

—Frank Fernández, en su libro El Anarquismo en Cuba, habla sobre el escaso apoyo que el movimiento anarquista internacional le prestó a las denuncias de los libertarios cubanos sobre la dirección que tomaba el régimen castrista en los primeros años. ¿Por qué crees que sucedió esto?, ¿ha variado esta tendencia en la actualidad?

—Es verdad que en ciertos sectores e individualidades del movimiento anarquista internacional pervivió durante algunos años la ilusión de que los «barbudos» eran revolucionarios con faz humana. Pero el movimiento anarquista, en tanto que tal, comenzó muy pronto a tomar distancias, y a medida que la deriva caudillista de Fidel se iba poniendo en evidencia, el movimiento lo denunció ampliamente.

En 1961, con Víctor García (Germinal Gracia), participé en una gira de conferencias en los medios anarquistas españoles exiliados en Francia e Inglaterra para denunciar la deriva totalitaria de la «Revolución cubana». La cuestión entonces era que aún se confiaba en la capacidad del movimiento popular para reaccionar e impedir la total confiscación de la revolución por el castrismo. Pero muy rápidamente se vio la realidad del alineamiento castrista con el comunismo totalitario soviético y se supo de la persecución de que eran víctimas los anarcosindicalistas cubanos.

Actualmente no creo que haya un anarquista que manifieste alguna complacencia alguna con la dictadura castrista. En toda la prensa anarquista internacional han tenido eco las campañas contra la paranoia represiva del Stalin caribeño. La

demagogia castrista sólo sigue engañando a los incondicionales o a los que se aferran al mito para justificar sus propias claudicaciones revolucionarias

SOLIDARIDAD CON EL PUEBLO, NO CON CASTRO

—*Estas participando en los llamados Galsic. ¿De qué se trata esta iniciativa y qué objetivos persigue?*

—Sí, soy uno de los propiciadores de esta iniciativa y formo parte del grupo que anima el GALSIC en Francia. En realidad, el «Grupo de apoyo a los libertarios y sindicalistas independientes en Cuba» es un grupo informal. Es decir: que no tiene una estructura organizativa permanente, sino que funciona como una especie de coordinación puntual para difundir información e iniciativas en apoyo de los libertarios y los sindicalistas cubanos en su lucha contra la dictadura castrista. De ahí que la actividad del GALSIC esté centrada fundamentalmente en la edición y difusión (sobre todo a través de Internet) del boletín CUBA libertaria.

La idea inicial era crear una coordinación internacional con representación de todas las organizaciones libertarias para aportar una solidaridad concreta a los libertarios y sindicalistas independientes cubanos; pero, a pesar de que todas se han manifestado favorables a la propuesta, ésta no ha sido aún posible concretizarla. No obstante, todas colaboran en la difusión del boletín CUBA libertaria. Por el momento, lo esencial es potenciar esa voluntad solidaria y asegurar la relación de los anarquistas con vistas a ese objetivo. Es decir: estar presentes y mostrar a unos y otros que los anarquistas no renunciamos a la lucha por la libertad y la emancipación humana, en Cuba y en el mundo.

—*¿Existen focos de resistencia en la isla no ligados a la influencia norteamericana?, ¿Hay elementos para creer que existen grupos anarquistas activos dentro de Cuba?*

—Por supuesto, en Cuba existen focos de resistencia, de disidencia, no ligados a la influencia e intereses del gobierno estadounidense. Es más, se puede afirmar, sin ninguna duda, que esa disidencia es mayoritaria, aunque sea la que menos presencia mediática tiene. Y esto es comprensible: ni el castrismo

ni el gobierno estadounidense tienen interés en que esta disidencia prospere y esté presente mediáticamente. A unos y otros les interesa hacer creer que la única oposición al castrismo es el sector derechista del exilio en Miami, y para acreditar esta idea no escatiman esfuerzos ni medios.

El dinero prometido por Bush, para «ayudar a la transición democrática en Cuba», sólo irá a ese sector reaccionario que le importa un pepino la suerte del pueblo cubano. Y el gobierno castrista, claro está sólo hablará de esta disidencia... En la isla y en el exilio hay grupos disidentes que rechazan al mismo tiempo la dictadura castrista y el imperialismo americano. Grupos que se oponen al capitalismo de Estado castrista, pero también al capitalismo en cualquiera de sus formas: sean neoliberales o arcaicas.

Muchos de los sindicalistas independientes saben que su principal tarea será reconstruir los sindicatos para luchar mañana contra la otra cara de la explotación: la del capitalismo privado. Que será tan salvaje como se ha mostrado ya en los países que han transitado del totalitarismo comunista a la democracia capitalista. Y tanto más que ese nuevo capitalismo será el resultado de la alianza del capitalismo exterior con las mafias burocráticas actualmente en el poder en Cuba.

La presencia de grupos anarquistas dentro de la isla no es actualmente verificable... La brutalidad de la represión y los pocos medios con que cuentan los libertarios cubanos exiliados no permiten ir más allá de mantener algunos contactos individuales. No obstante, como ha pasado en todos los países que se liberaron de las dictaduras comunistas, la emergencia de grupos y sindicatos libertarios es previsible, y muy probablemente en las modalidades más actuales del antiautoritarismo.

—*Desde los Galsic han promocionado la campaña «lleva un libro a Cuba», ¿en qué consiste?, ¿qué caminos existen para que los anarquistas materialicen su solidaridad con el pueblo cubano?*

—La campaña «lleva un libro a Cuba» fue inicialmente propuesta por las llamadas Bibliotecas independientes, y desde el GALSIC hemos incitado a los compañeros libertarios, que viajen a Cuba, a que lleven libros a esas bibliotecas: sobre la historia de las luchas sociales, sobre experiencias autogestionarias, sobre las colectividades durante la revolución española, etc.

De lo que se trata es que los cubanos puedan leer lo que el poder actual les oculta. Es posible que, entre los promotores de las bibliotecas independientes, los haya con intereses políticos o religiosos, y que en sus bibliotecas también se aplique una cierta censura ideológica; pero estamos convencidos de que no son esos intereses los de la mayoría de ellos. Sin duda es una forma de resistencia pasiva, pero muy activa, a la censura ejercida desde el poder castrista. El simple hecho de ofrecer libremente, a los cubanos que lo deseen, la posibilidad de leer libros que no se encuentran en las bibliotecas oficiales, o que la mayoría de los cubanos no pueden adquirir, es ya en sí una iniciativa loable y a la cual debemos contribuir aportando la literatura que todos los poderes (políticos, económicos y religiosos) tratarán de censurar.

Ésta no es, claro está, la única forma de solidarizarse con el pueblo cubano en las difíciles circunstancias actuales. En la medida de lo posible instamos a que se condenen todas las medidas que afecten su vida cotidiana: ya vengan del gobierno castrista o del gobierno de los EE UU. Y, por supuesto, apoyamos el que se envíe ayuda directa a los cubanos necesitados, sin pasar, claro está, por las vías oficiales que se apropian o desvían esas ayudas con intereses partidarios. Aunque seguimos pensando que la principal forma de materializar la solidaridad es la de testimoniarla, cada vez que se pueda, denunciando la represión castrista contra toda forma de disidencia.

EL FUTURO

—Son muchas las especulaciones realizadas en torno al día después que Fidel Castro desaparezca. ¿Cuál es el panorama que vislumbra para el futuro de la isla?

—Desgraciadamente, y contrariamente a lo que yo desearía para el pueblo cubano, el panorama que hoy puede

objetivamente vislumbrarse no es muy prometedor. Castro morirá un día, como todo quisque, como Franco, al que ya ha superado en años en el poder. Lo más probable es que el régimen castrista termine más o menos convulsamente su «transición» al capitalismo, y que la vuelta a la democracia formal no se produzca de un golpe. En ello coinciden los intereses de las mafias de dentro y de las de fuera de la isla, y, por supuesto, los del gobierno estadounidense y los de muchísimas multinacionales, incluidas las de la Unión Europea, etc., etc.

Ninguno de esos poderes quiere, evidentemente, el fin violento y radical de la dictadura castrista, y mucho menos que el pueblo lo pueda aprovechar para intentar hacer la verdadera revolución social que el castrismo castró. Lo único que se está negociando y se acabará de negociar entonces es la repartición del poder y de las riquezas de la isla, de las propiedades que hoy son del Estado y que la nomenclatura castrista y la de Miami se disputan o se repartirán: como sucedió ya en los otros países con regímenes semejantes. La actual relación de fuerzas no permite vislumbrar otro futuro.

Desgraciadamente, cuarenta y tanto años de dictadura y de demagogia comunista han aniquilado lo que quedaba de movimiento obrero y de tradición de lucha reivindicativa, imponiendo la resignación y la desunión entre los trabajadores. No obstante, los trabajadores cubanos tendrán que unirse y luchar de nuevo contra el capitalismo privado. Por ello es necesario y urgente ayudarles a recuperar la memoria histórica del movimiento obrero cubano que el castrismo ha desvirtuado tan descaradamente, y por ello habrá que ayudarles, tan pronto se pueda, a reconstruir sindicatos auténticamente de clase e independientes del Estado y de toda fuerza política que pretenda transformarlos de nuevo en correa de transmisión..., como lo son hoy del poder castrista. Creo que ésta será y ya es la tarea prioritaria para continuar la lucha contra la explotación y la dominación.